

## LO QUE PIENSO DE LA ARGENTINA (\*)

A decir verdad, yo no tengo muchos títulos para hablaros de la Argentina... No he ido más que una vez y sólo he residido allí muy breve tiempo.

Además, lo que en las actuales circunstancias agrava la responsabilidad que he asumido es el haber intitulado a mi conversación: "Lo que pienso de la Argentina", y que resulta extremadamente ambicioso.

Hubiera sido excusable hablaros de mis "impresiones" sobre la Argentina; pero, no... Os anuncio que voy a hablar de lo que pienso de ella: que significa mucho más.

¿Cómo he asumido semejante responsabilidad?

En primer lugar debido a que, por breve que haya sido mi estada en aquel país, ella ha dejado en mí huellas muy profundas: es un país que me ha impresionado mucho, mucho más que cualquier otro.

Y también, cuando he vuelto a pensar en él, he descubierto que no sólo se trataba de impresiones que me ha dejado, sino que me ha provocado deseos de tener opiniones sobre él, formar juicios, "pensar" alguna cosa, en el sentido preciso de la palabra "pensar".

---

(\*) Conferencia pronunciada en París con motivo de la exposición del libro argentino, organizada por la comisión argentina de cooperación intelectual, acto que tuvo lugar en noviembre de 1938.

Esto debe fincar, me parece, en la naturaleza misma de este país. Cuando se ha meditado bien, uno se percató de que, por lo menos, hay dos suertes de países: aquellos que nos provocan simplemente deseos de tener impresiones, y los que nos incitan a pensar algo sobre ellos.

Hay países donde la residencia es grata, que agradan, cuyos encantos se experimentan vivamente, y los cuales, en el fondo, no interesan. Se va a ellos, se les recorre de una manera absolutamente egoísta, por el placer que se experimenta, pero sin que uno se pregunte ni un solo instante lo que tales países pueden ser en sí; no se plantean preguntas sobre ellos. Con esos países, el viajero se comporta un poco como el gato con el sillón, cuando se frota contra las partes acolchadas. Hay, por otra parte, viajeros que adoran esto, y que no quieren saber nada de los países acerca de los cuales se experimentan deseos de formarse juicios y de pensar en algo.

Por ejemplo, Pierre Loti, a quien admiro en ciertos aspectos, es un hombre que constantemente ha buscado las ocasiones de hacer a través del mundo de gato que se frota contra un sillón. Cuando por casualidad pensaba alguna cosa sobre un país, no era precisamente lo que mejor hacía.

Una de las razones por las cuales la Argentina me ha sorprendido, una de las veces que este país me ha impresionado, procede de esto: de que no lo he encontrado tal cual yo esperaba. Siempre nos forjamos una idea de un país antes de conocerlo. Vosotros, los que no habéis tenido la suerte de ir allá, sin duda os formaréis una idea de la Argentina. No sé cual puede ser; quizá se parezca a la que yo tenía; en tal caso correrá mucho riesgo de ser inexacta.

Mi idea sobre la Argentina no era una idea muy precisa, ni, sobre todo, muy diferenciada. Yo confundía más o menos a la Argentina con el resto de la América del Sur.

América del Sur, para mí, no era un país muy distinto de América del Norte al que yo conocía. Yo agregaba algunos matices de civilización latina, cierto carácter pintoresco, particularmente determinado calor y cierta gracia. En lo que

a la Argentina concernía, agregaba algunos toquecitos más particulares... el tango argentino... la pampa... y otros elementos de estampas de Epinal.

Yo pensaba, y también soñaba, con una vida fácil, con una vida de lujo. Para nosotros, la palabra "lujo" se acompaña de buen grado con el epíteto que lo localiza: "sudamericano", un "lujo sudamericano", es decir, un poquito chillón, un poquito estrepitoso. Si queréis, me complacía en una suerte de combinación química de América y voluptuosidad (dos elementos que necesariamente no van juntos...). O, todavía, en una civilización un poco exuberante, en el exotismo, manchado, quizá, de cierto mal gusto...; sí, algo brillante, pero, así y todo, con reflejos un tanto turbios, no muy netos...

Esperaba una población muy abigarrada, muy truculenta, descendiente de numerosos mestizajes.

Sí, fué con este bagaje de ideas preconcebidas que viajé en el barco a lo largo de las costas atlánticas. Y no era nada de eso lo que, en realidad, allá me aguardaba.

Por lo pronto, el clima. Yo no había reflexionado en la latitud, no había reparado especialmente en lo que podía otorgar la latitud a la Argentina desde el punto de vista del clima, pero, de todas maneras, aguardaba siempre algo todavía subtropical, en cierto punto subtropical.

Entonces, a medida que el barco recorría las costas del Brasil, a medida que transponía esa hinchazón que forma el Brasil al sur de Río, sentía poco a poco desvanecerse los rasgos de los trópicos; la tibieza del aire cesaba poco a poco. Esto se comienza a sentir a partir de cierta isla llamada, creo, de Santa Catalina. Sí, poco a poco se siente perfectamente bien que se entra en un clima templado, se admira uno de encontrar nuevamente impresiones del aire que están muy próximas a las que se reciben en nuestro hemisferio, también en las regiones templadas.

Luego, un buen día, se llega a la entrada de un vasto estuario poco caracterizado, de un relieve poco acentuado, una

amplia abertura líquida que penetra en el continente no se sabe bien hasta donde...

El servicio del barco obliga al viajero a detenerse primeramente en Montevideo, que no es argentina, como sabéis. Y Montevideo es el primer contacto que el viajero tiene con esta zona de la civilización y esta zona del clima terrestre y del clima humano.

Entonces, el viajero, no sin sorpresa, y con mucho de complacencia, encuentra una ciudad que se parece enormemente a Niza, una Niza quizá un poco menos engalanada, un poco menos brillante, pero que mucho se le asemeja por la textura de la luz y del aire, por la facilidad que el hombre de nuestra tierra tiene allí para respirar y para vivir.

Y luego el barco vuelve a zarpar, haciéndonos remontar el río de la Plata, que justamente se contempla con sorpresa porque él no comporta ningún género de sorpresa: no se observa nada de eso que nosotros llamamos pintoresco. Es un pujante curso de agua en medio del cual, por cuyo eje se remonta, y se adivina un vasto continente a derecha e izquierda, pero sin que nos muestre nada de extraordinario, que no busca en manera alguna atraer nuestra atención con pequeños detalles.

Se arriba a Buenos Aires. Y, entonces, para un francés, para un europeo en general, pero especialmente para un francés, se produce algo verdaderamente inesperado: se experimenta de pronto la impresión de que a medida de que él se aleja materialmente de su país, y que se ha alejado por etapas intermedias como Río de Janeiro, por ejemplo, se siente prodigiosamente aproximado. Sí, la mayor sorpresa para un francés normal, como yo creo ser, que arriba a Buenos Aires, que pisa Buenos Aires, es la de poder decirse: ¡pero, jamás he estado tan próximo a mi casa!

Creo no hacer en manera alguna una paradoja, ni sobre todo un cumplimiento a los argentinos — porque posiblemente para ellos es muy desagradable escuchar a alguien que dice: en ninguna ciudad del mundo me he sentido tan francés,

sobre todo tan parisiense, y menos extraño. Yo no creo que exista otra ciudad, no sólo en los otros continentes, sino en la misma Europa, que nos produzca a tal punto la impresión de encontrarnos casi en nuestra casa.

Esta impresión se debe a toda suerte de cosas.

Primeramente, es de orden general; se impone a vosotros como algo que no tiene explicación inmediata: es así... es una sensación que se experimenta y que uno se ve forzado a admitir como auténtica.

Pero, después, si se permanece algunos días, si se presta un poco de atención a esas impresiones, se captan ciertos momentos que explican esta impresión de conjunto y esta ausencia total de extrañeza.

Estuve en Buenos Aires en una estación quizá favorable a estas analogías; era el equivalente de nuestros comienzos de marzo, es decir, a comienzos de setiembre. Vuelvo a ver un atardecer, un crepúsculo de aquellos principios de setiembre equivalentes a nuestro comienzo de marzo, en la Avenida de Mayo; es una de las principales arterias de la ciudad, un poco el equivalente de nuestros bulevares; vuelvo a verla hacia las cinco y media de la tarde; la luz comenzaba a declinar; el cielo estaba un poco gris, pero no mucho; había una pizca de bruma; me encontraba en la esquina de esta avenida y una de las calles laterales que en ella desembocan, y sin haberlo premeditado del todo, bruscamente he experimentado la ilusión de encontrarme en cierta esquina del bulevar Haussmann — no me refiero a los grandes bulevares, — del bulevar Haussmann, y aquello fué para mí muy sorprendente, muy conmovedor.

Otra vez, entrada ya la noche, me paseaba por un barrio del cual no recuerdo el nombre, un barrio cualquiera, sin nada de particular, como hay muchos otros en Buenos Aires, decente, limpio, confortable; había calles de un ancho mediano, tienditas vivamente iluminadas aquí y allá, sobre todo en las esquinas; y, de pronto, me he sentido en una calle de Passy, allá donde Passy es un poco comercial, entre la calle

de Passy y la calle de Raynouard. Era aquello rigurosamente... , el aspecto de las casas, la forma de los vestíbulos, la disposición de las tiendas, la luz de esas tiendas y la gracia de las cosas...

Me diréis: ¿pero, es que puede ser interesante el salir a buscar en cualquier parte impresiones como esas? ¿Es que, siendo francés o parisiense, vale la pena realizar un viaje de muchas semanas, y recorrer millares de kilómetros, para recoger de pronto una impresión auténtica del bulevar Haussmann o de Passy? ¡Pues, bien! Creedlo a un hombre que mucho ha viajado: es extraordinariamente precioso, vale la pena realizar el viaje.

¿Y por qué? Porque... ¿qué buscamos en los viajes? Buscamos en particular las grandes rarezas: somos capaces de efectuar un largo trayecto para ver un espectáculo del cual se nos dice: es excepcional en el mundo. Las cataratas del Niágara, el Gran Cañón, todo lo que se quiera... Pero, quizá, lo más difícil de encontrar que hay en el mundo para un parisiense, para un francés, en consecuencia, es un lugar donde, durante un minuto, nada más que un minuto, experimente de pronto la impresión auténtica y absoluta de que vuelve a encontrar la emoción de París; nada más raro en el mundo que un equivalente a esta emoción.

Con frecuencia lo he reflexionado: es un hecho que los franceses, que los parisienses ignoran cuando no han viajado. Encuentran su ciudad completamente natural y los aspectos de su ciudad regidos por la necesidad de las cosas. Para ellos; una ciudad es necesariamente algo como París, o más grande o menos grande. Empero, no hay nada más falso: París es una ciudad de un exotismo prodigioso para quienes no han nacido en ella; en tal sentido París no se parece absolutamente a nada.

Poco a poco he conocido todas las ciudades de Europa, a partir de las más modestas, y mucho he reflexionado: no he visto ninguna que, ni siquiera en ínfima parte, se pareciera a París, mientras que muchas de ellas se parecen vivamente

entre sí, y a través de enormes distancias; se puede encontrar tal rincón de una ciudad inglesa que se parece prodigiosamente a tal rincón de una ciudad de provincia austríaca, o a una aldea checa, o a una aldea de Polonia. Hay ciertos temas, ciertos elementos de la sinfonía urbana que se encuentran muy semejantes y muy emparentados de un extremo al otro de Europa, y sobre todo de un cabo al otro de Europa septentrional y central. Mientras que el aspecto de París es una cosa extremadamente particular, desde luego, muy difícil de captar. Y cuando por casualidad uno se encuentra frente a esta nota, se siente como en presencia de algo muy misterioso; algo de la emoción que se observaría — algunos de vosotros la habréis experimentado, aunque es poco frecuente en la vida, y que yo no he tenido — al viajar y encontrar alguien que se os parece trazo por trazo; lo que debe ser extraordinariamente trastornador.

Y esta impresión de satisfacción para el francés, de facilidad de contacto, de ausencia total de extrañamiento, la encuentra desde que penetra en la sociedad argentina.

La sociedad argentina, no os diré que la conozco en sus detalles, pero he saboreado de todas maneras algunas muestras. La sociedad argentina aporta a un francés, y a un europeo en general, impresiones absolutamente exquisitas, y raras, y deliciosas. Pero, especialmente a un francés, porque no creo que exista un país donde se hable el francés en la buena sociedad con tanta naturalidad y con menos esfuerzo. Recuerdo una noche en que se daba una cena en pequeñas mesas, y en que las personas que no estaban en la mía, y que eran todos argentinos, conversaban en francés con la desenvoltura más completa; se sentía que cambiaban ideas siguiendo una pendiente totalmente natural, sin tener que realizar transposiciones mentales ni traducciones interiores.

Pero, además de este mérito, que es un mérito un poco especial, un mérito que a nosotros, franceses, nos parece que no sería de un valor universal, esta sociedad posee otros que cualquiera puede gustar, y que son de una gran elegancia

también natural, sin revelar ningún esfuerzo, sin composición, sin rebuscamiento, es decir, justamente lo contrario de lo que un francés que no ha ido a la Argentina espera encontrar. El se dice: veré personas muy elegantes, muy brillantes, pero cuya elegancia será quizá un poco de intento, un poco marcada, de una aleación poco pura... No hay nada de eso. ¡Muy al contrario! Jamás he encontrado personas menos llamativas, más discretas, con tanto tacto, con menos apariencias de “nuevos ricos”. ¡Es otra cosa! Y cuando ella se observa en un pueblo reciente, relativamente joven, y que ha labrado su fortuna en tiempos que no están lejanos, ella se convierte en un índice de alta calidad.

Es preciso también decir — es un punto de vista un poco especialmente francés, si bien es un francés el que os habla, — es preciso anotar el extraordinario conocimiento que aquellas gentes tienen de todo lo que ocurre entre nosotros, y hasta en sus detalles. He escuchado conversaciones con respecto a nuestra literatura y nuestro teatro, tan exactamente atinadas, y atinadas en sus detalles, cual las conversaciones del medio más cultivado de París. La gente no sólo conoce el nombre de un autor y algunas de sus obras, o el nombre de un teatro y su situación en la capital... no; saben que en marzo, en tal teatro, se había representado tal pieza, y que había tenido un éxito moderado; que se había efectuado tal “reprise” en abril; que en ella intervinieron Fulano y Mengano, y así en todo, ya se trate de novelas, o de una exposición de pintura, o de lo que se quiera.

Si nos queremos mostrar severos — porque es preciso ser severos con estos amigos y para dar mayor valor a estos elogios demostrar que no se les oculta nada de nuestros pensamientos — todo lo que puedo decir es que hay, quizá de tiempo en tiempo, un rastro... Vacilo en emplear la palabra esnobismo, es una palabra excesiva en el trance... si queréis: una huella de atención privilegiada otorgada a ciertos elementos quizá un poco preciosos de nuestra literatura o de nuestro arte, un cierto gusto por lo raro y lo rebuscado. Pero, es dis-

culpable en extremo, y no llega hasta un desconocimiento de los valores esenciales.

He comprobado, en el curso de tales conversaciones, que si se pide a aquella gente una lista de sus principales admiraciones, ya sean literarias o pictóricas, o musicales, esta lista corresponderá casi exactamente a la que formarían las personas más destacadas de entre nosotros.

Este perfecto conocimiento de nuestra vida, de nuestra vida intelectual y artística en particular, sin hablar de la vida mundana, es, desde luego, muy explicable. Quizá, al mismo tiempo, voy a disminuir el milagro aparente, pero de todas maneras es menester decirlo, tanto más que se trata de una prueba de amistad efectiva que nos dan los argentinos.

Sabéis que desde hace muchísimos años numerosos argentinos venían — digo “venían”, y diré inmediatamente por qué, — venían a pasar una parte importante del año en París; muchos, entre ellos, tenían su departamento; en consecuencia, eran verdaderos parisienses, que permanecían entre nosotros casi todo el invierno, hasta cinco y seis meses. Durante esos cinco o seis meses, participaban de la vida parisienne en todas sus formas, inclusive las más refinadas, y hasta con particular preferencia en las más refinadas.

He empleado el imperfecto “venían” porque ha habido un período de crisis, el período de la crisis mundial, que la Argentina ha sentido vivamente, durante el cual muchos de entre ellos han tropezado con dificultades para continuar esta existencia forzosamente onerosa, esta vida doble que les imponía grandes sacrificios, pero creo que muchos, una vez disipada la crisis, han vuelto a su costumbre que es para nosotros infinitamente honrosa.

Me diréis: pero se trata de una sociedad evidentemente restringida, de una sociedad muy refinada, de una “élite”; pero, ¿acaso no hay un abismo entre la cultura de esta sociedad y la de la población media? Voy a presentar aquí no algunas conclusiones científicamente establecidas, sino impresiones.

Por lo pronto es menester que limite mi competencia. No puedo decir que conozco el campo argentino: no conozco más que Buenos Aires y sus alrededores. No he alcanzado más que una idea extremadamente fragmentaria de lo que puede ser la vida de la pampa, de los gauchos, etc... No tengo más que un sentimiento. Creo que allá todavía seremos menos sorprendidos por el exotismo de las cosas que por su humanidad; nos sentiremos menos extraños, nosotros mismos, que ciertas descripciones quizá un tanto truculentas que se nos han preparado ex profeso; volveremos a encontrar, creo, con bastante rapidez, ciertos elementos fundamentales de la vida campesina — no de la vida provinciana, sino de la vida campesina — elementos que nos son suministrados por las condiciones más generales, más universales de esta vida. Pero, en fin, reconozco que no tengo el derecho de hablar de este aspecto de la vida argentina y que no tengo más que una impresión totalmente valedera de lo que concierne a la población de las grandes ciudades, sobre todo Buenos Aires.

He adquirido allá en poco tiempo, una elevada idea de las aptitudes y de los apetitos intelectuales de aquella población. Voy a citar una de las experiencias concluyentes que he hecho, o, más bien, que hemos hecho, porque Braga la realizó al mismo tiempo que yo. Nos encontramos allá en la época en que la Argentina había dado hospitalidad a dos manifestaciones importantes de la vida intelectual internacional: el Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs, y un "entretien" del Comité de Letras de la Cooperación Intelectual. He asistido a manifestaciones de este género en no pocos países: jamás he comprobado un interés de la multitud en recoger los más mínimos ecos como entonces en Buenos Aires.

Las sesiones del P. E. N. Club, por ejemplo, que algunas veces estaban consagradas a cuestiones en cierto modo difíciles, bastante abstractas, y que en todo caso no ofrecían al público elementos de atracción sensibles, espectaculares, esas sesiones fueron seguidas con un apasionamiento increíble. La gente formaba colas durante horas para tener oportunidad de

obtener un asiento. Cierta día fué menester que la policía montada apartara la multitud para permitir el acceso a la sala donde se llevaban a cabo las deliberaciones.

Los periódicos estaban llenos de informaciones y resúmenes de las exposiciones más abstractas, de las que podía hacer por ejemplo un hombre como Maritain sobre las relaciones del espíritu y la realidad. Todos estos problemas parecía que tenían que ser puestos al alcance del lector más vulgar y los periódicos encontraban absolutamente natural el suministro de estos manjares intelectuales cotidianos. La radio consagraba muchas horas de sus emisiones al resumen de los debates, etc. Como nada es más significativo para un país que el nivel de su prensa, yo, por mi parte, allá he aprendido mucho. Y, en todas partes, hemos tenido manifestaciones múltiples de este interés del pueblo argentino por las cosas del espíritu.

Hay todavía otro signo de calidad intelectual y de madurez de espíritu que aquel pueblo, a mi parecer, ha dado, y del cual es menester que diga una palabra, bien que ella parezca tocar cuestiones relativas a la política y que yo no esté aquí para hacer ni de cerca ni de lejos política.

Cuando estábamos allá, por innumerables conversaciones pudimos advertir que aquel pueblo se hallaba extremadamente ansioso frente a la posición que le correspondía asumir con respecto a los grandes problemas propuestos a la humanidad presente, en particular al problema de la autoridad y el problema de la libertad; y, para emplear palabras más precisas, que forman más imagen en nosotros, contemporáneos, hemos sentido que aquel pueblo se preguntaba: ¿Qué estamos obligados a escoger? ¿En qué sentido debemos tomar? ¿Acaso no hay más alternativa que fascismo o comunismo?... Y lo que nos ha impresionado en extremo — y esto en las conversaciones entre toda suerte de personas, con hombres políticos importantes, con parlamentarios, con escritores, con gentes de sociedad, con gente hasta de condición modesta, — lo que nos ha sorprendido extraordinariamente es la prudencia, la finura y la complejidad con que aquellos problemas eran encarados.

Y era también el deseo que todas aquellas personas manifestaban — y de la manera más sincera — de no aceptar los dos términos de este dilema.

Y en cuanto algunos de nosotros, hablando en su nombre, por cierto, pero hablando también en nombre de Francia, cuando algunos decían a los argentinos, ya fuera en los pequeños círculos, ya ante las multitudes: “Pero, vosotros sabéis, que no es así ni mucho menos que el problema se presenta para nosotros, y pasamos nuestro tiempo y desplegamos nuestro esfuerzo en un país como Francia para no tener que escoger entre esos dos términos, fascismo y comunismo, puesto que hay que designarlos para simplificar. Dedicamos nuestro tiempo para decir que hay cierto camino que llamamos “camino real” (bien que no tiene nada de real), que es el ancho camino de la democracia, la ruta que empeñosamente hemos abierto y trazado a lo largo del tiempo y que no hemos dejado de creer que es la única que conduce al porvenir”. ¡Pues bien! Aquellos amigos argentinos, o aquellas multitudes argentinas a las cuales decíamos esto, comprendían inmediatamente y vibraban al punto y no consideraban esta valoración de la democracia, ¡mi Dios!, como una suerte de mal menor, como una cosa un poco falaz; no adoptaban la actitud de niños a los cuales se les rehusan dos juguetes más brillantes y más excitantes y luego se les obliga a contentarse con los viejos juguetes. Parecían decir: “Pues es, exactamente por ese lado que deseamos ir; nuestra potencia de pueblo desea tomar esa dirección”.

Esto también es bastante raro. Se contarían con los dedos (no sé si de una o de las dos manos...) los pueblos que han conservado esta especie de salud intelectual y de equilibrio congénito, que les permite evitar la atracción de uno o de otro abismo; llevándoles a considerar que el paso entre ambos abismos no es un pequeño sendero, donde seguramente, al cabo de contados pasos, se experimentará el vértigo, abandonándose ya a izquierda, ya a derecha, porque esto es menos fatigante; pueblos capaces de decirse: “no, esto es algo muy

largo y muy confortable, que todavía requerirá mucho tiempo”.

Desde otro punto de vista, desde el punto de vista psicológico, la Argentina me ha parecido ser, — y quizá voy a hacerle un mal cumplido... ; hemos vivido con tales prejuicios románticos!... — el pueblo argentino me ha parecido un pueblo muy poco romántico, un pueblo extremadamente razonable, un pueblo lleno de razón, lo que no quiere decir que carezca de fuego. Es una idea absurda esa de pensar que las personas razonables son gente fría, sin ideal, sin empuje, sin ánimo; es un peligroso absurdo. Me ha parecido que los argentinos alían un gran dinamismo a un sentido muy bueno y una perfecta salud moral.

Si, mucha salud moral. Aquí, posiblemente, voy a herir su romanticismo, porque frecuentemente nosotros nos consideramos otra cosa de lo que somos, y estoy persuadido de que los argentinos, para su comodidad, necesitan adoptar ciertos tonos psicológicos que quizá no poseen en realidad. Por ejemplo, en el curso de mis conversaciones, he comprobado que los argentinos no vacilaban en atribuirse una determinada melancolía, cierta tristeza fundamental. Y yo creo que se les ofende un poco cuando se les dice: “¡Pero, no! ;De ninguna manera! Sois personas perfectamente sólidas, no tenéis nada de melancólicos, moralmente estáis muy bien...” Herimos algo en ellos. No hay que exagerar. Yo no digo que no exista una melancolía argentina, sobre todo, una melancolía del hombre de la pampa; ella está vinculada a las condiciones mismas de la existencia en aquellas enormes llanuras, en aquellas inmensas soledades; pero, a mi parecer, se trata de un estado de alma diríamos circunstancial, que ha sido provocado por determinadas circunstancias locales, ciertas circunstancias de la existencia cotidiana, pero que no es fundamental para el desenvolvimiento de un pueblo. Yo creo que se trata de un pueblo que se conduce naturalmente bien y que con toda naturalidad es alegre y sano.

Pero, sucede que ha tenido que debatirse contra grandes

dificultades, dificultades que en ciertos aspectos se parecen a las que encontraron los Estados Unidos de Norte América, aunque se presentan de una manera un tanto distinta y que son menos pasibles de suscitar ese optimismo tan frecuente y que es casi universal entre los norteamericanos. A los norteamericanos no les agrada que se les diga que son melancólicos, esto les hiera. En efecto, padecen una melancolía a su manera, que no quieren reconocer; son optimistas por principio. Creo que vosotros los argentinos, la sobrelleváis tan bien como ellos, pero, para halagaros, os diré que sois víctimas de una especie de sutil e incurable herida.

Si tuviéramos más tiempo, y, sobre todo, si yo tuviera más competencia en la materia, sería interesante buscar los motivos de este equilibrio, de esta buena salud del pueblo argentino. Existen, indudablemente, numerosas razones. Las hay que deben radicar en el país mismo; un clima que tiene apariencias de ser muy recomendable para el hombre blanco. Parece que hace calor en verano, pero un calor que no debe ser mucho más insoportable que el calor de nuestro Mediodía, o en todo caso de nuestra Europa meridional. En la época en que yo estuve en la Argentina tuvimos un tiempo exquisito, extremadamente semejante al tiempo de nuestra Provenza, un poco más verde que el tiempo de la Costa Azul, un tiempo, si queréis, entre el de Aviñón, de Bezieres y de Barcelona.

De manera que todo esto es muy saludable, muy tónico; todo aquello es de una naturaleza apropiada para mantener una población perfectamente despierta; no se trata todavía de las condiciones enervantes de la naturaleza sub-tropical.

Creo también que la dureza, dureza que no es implacable, las condiciones de la vida económica durante muchas generaciones y aquella vida agrícola que era evidentemente difícil, pero jamás, rigurosamente imposible, que, al contrario, aseguraba al hombre la recompensa de su esfuerzo; yo creo que las condiciones de esta vida han sido hechas para dar a este pueblo a la vez la energía y la sensatez, puesto que la energía no tiende a disociarse de la sensatez sino cuando las condicio-

nes de lucha del hombre contra su medio se tornan trágicas, imposibles o comportan una gran parte de riesgos, si el hombre se ve obligado a convertirse en un jugador. Así, por ejemplo, si él se dice que tiene una oportunidad sobre cuatro para ganar la partida y tres para perderla, casi forzosamente se convierte en un romántico.

Habría también que buscar explicaciones por el lado de los componentes de esta raza argentina. Tengo la impresión de que el azar la ha servido cumplidamente, y que se ha formado con buenos elementos. Estos elementos los conocéis, y todavía no es muy seguro... Quizá os formáis ideas falsas; creéis posiblemente que no hay más que españoles. Hay mucha sangre española, es verdad; pero, yo no se si representa siquiera la mayoría absoluta. En todo caso, esa sangre española comporta abundantes elementos del oeste de España, y muchos elementos vascos; encontraréis allá numerosos nombres y fisonomías del país vasco. Esto nos proporciona una indicación desde el punto de vista y también del contenido psicológico. Hay cierto elemento de energía y al mismo tiempo de optimismo que la sangre vasca ha introducido allá y que quizá la sangre andaluza, por ejemplo, no habría introducido en un mismo grado.

Hay mucha sangre italiana, y de una manera general muchos elementos que han servido para constituir en nuestra Europa occidental del sur ciertas poblaciones que son las de mejor aspecto y mayor simpatía. Esto no está muy lejos de las mezclas que, por ejemplo, entre nosotros, se han producido entre el Ródano y el Garona.

Y quizá sea un poco de esto lo que explica las afinidades que acabamos de revelar, que constatamos, esas afinidades, tan sorprendentes para nosotros de la civilización y del alma argentina con las nuestras, y esa avidez fraternal que demuestran los argentinos cultos por todo cuanto se produce entre nosotros. Puedo citar muy bien una palabra que allá se me dijo y que encuentro infinitamente halagadora para Francia, conmovedora para Francia. Una dama argentina me decía

cierto día: “Yo quiero mucho a España, y cuando pienso en Europa, España es mi tierra... ¡pero Francia es mi patria!”

Y no para devolver a los argentinos este cumplido, sino para expresar lo que con toda sinceridad pienso, os repetiré lo que dije hace pocos días en la comida del P. E. N. Club donde teníamos invitados argentinos: “Uno de mis pesares, una cosa de la que jamás me consolaré — y me excuso con respecto a los argentinos que tienen razón de amar su lengua y conservarla, — una cosa de la que particularmente jamás me consolaré es de que no hayamos sido nosotros los que dimos a la Argentina su lengua. Entonces habría sido infinitamente dichoso y me habría sentido confortado al decir: ¡allá está ese pueblo magnífico y lleno de porvenir, que habla francés!” Lo digo sin escrúpulos, pues tengo la impresión de que si los argentinos hablaran francés se sentirían completamente cómodos para expresarse; no encontrarían en el francés ninguna resistencia para lo que tienen que decir, y no creo que en el fondo los argentinos se sientan heridos por mi pesar. Posiblemente me replicarán: “Estamos muy orgullosos de nuestra lengua, deseamos conservarla, y todo el cambio que ambicionaríamos aportarle es el de hacerla tan “argentina” como española”. Pero, no creo que se sientan molestos por la idea en sí, puesto que saben que en ellos mismos hay una multitud de sentimientos, una multitud de ideas que no demandan nada mejor que ser expresados en francés, y, desde luego, la prueba experimental es la perfecta desenvoltura, la naturalidad con que los argentinos se expresan en francés cuando lo desean.

Una reflexión confidencial que voy a someteros es que si yo aceptara alguna cosa “en el gobierno” como dice la buena gente, en el gobierno francés y en el gobierno argentino haría mucho para aumentar las relaciones de estos dos países. Haría mucho, no sólo para que sus relaciones fueran más estrechas, sino más circunstanciadas, más minuciosas, para hacerlas entrar fácilmente en los pormenores de la vida diaria.

Por ejemplo, una de las cosas que me han entristecido es

ver que el pueblo argentino, el pueblo modesto, no tenía sino muy pocos medios para conocer nuestros autores, nuestra literatura, salvo cuando por casualidad se traducen obras, y, pese a todo, no son pocas las que se traducen. Esto es extremadamente perjudicial para nosotros, es una pérdida enorme la que sufrimos.

Igualmente, estoy persuadido de que cierto número de obras argentinas debieran ser aquí conocidas, ganarían al ser traducidas, encontrarían un público absolutamente apto para comprenderlas y nos aportarían algo positivo.

Pero hago abstracción de otros puntos de vista, que sería fácil evocar. Estoy seguro de que sobre otras clases de terrenos los dos países tendrían el más grande interés en trabar vínculos estrechos, tanto más cuando la Argentina sabe bien que si hay un pueblo del cual ella nada tiene que temer, es el nuestro; si hay un pueblo que no medita un mal golpe sobre la Argentina, es seguramente Francia. ¡Lo podemos jurar! En consecuencia, esta proximidad cada vez mayor de ambos países no comportaría peligro para ninguno.

Pero, independientemente de sus intereses respectivos, yo creo que esta amistad cultivada, reforzada, más estrecha y más cotidiana, tendría otro valor y todavía otro precio. Ocurre—y de ello me he convencido en el poco tiempo que allá estuve,— ocurre que tenemos que defender juntos ciertos valores universales, y no defenderlos con los labios, porque hay cosas que se dicen al final de los banquetes oficiales, y en cualquier país que tenga alguna importancia se puede en efecto, invitar a la gente a defender con vosotros los valores universales, pero, diciéndose para sí cada cual: “es cosa que no les interesa”. No es exacto en cuanto a la Argentina: los argentinos creen en esos valores, ellos les son verdaderamente caros y consubstanciales, y es el caso que esos valores son también para nosotros caros y consubstanciales, valores sin los cuales no concebimos civilización, vida humana, dignidad humana.

Es verdad, sólo la Francia y la Argentina creen en esos

valores y en quienes los defienden; pero sucede que casi todos los grandes pueblos que actualmente defienden esos valores, y para desdicha de nuestro tiempo, no son más o no son pueblos latinos. Y, así y todo, para nosotros los franceses, todavía hay algo penoso, algo triste; nosotros queremos a los pueblos latinos, nos sentimos muy bien cerca de ellos, y nos es grato pensar un poco de acuerdo con ellos, nos gusta oírles decir que no nos equivocamos y poder decirles a ellos que tampoco se equivocan. Entonces, en esta defensa universal de ciertos valores, defensa para la cual nos sentimos orgullosos de tener a nuestro lado países como Inglaterra, como los Estados Unidos, como otros, nos sentimos especialmente dichosos al tener cerca nuestro un país que se nos parece mucho por la sangre, por la tradición, por la lengua, un país que está íntimamente ligado a nosotros, y que nos es en un todo fraternal.

He aquí una razón que es extremadamente importante, y una de las que debieran dictarnos esta política de acercamiento estrecho con la Argentina, y tomo aquí la palabra "política" en su sentido más elevado.

Recapitulo. A aquellos de vosotros que podéis hacerlo os aconsejo un viaje a la Argentina, si todavía no lo habéis realizado. Veréis cómo quedáis recompensados. No lo seréis de la misma manera que si fuérais a un país pintorescamente desorbitado; no es eso lo que os aguarda, pese a que, parece, hay en el sur de la Argentina los elementos más pintorescos que se puedan reclamar. La Argentina no necesita eso para interesarnos.

Veréis uno de los pueblos que, creo, tienen más porvenir en América. No se trata de una opinión personal; he oído expresarla a los norteamericanos, que son jueces muy severos, que sienten simpatía por la América Latina, pero una simpatía despojada de toda ilusión y de toda complacencia, quizá que no anhelarían otra cosa que señalar con bastante dureza las distancias y jerarquías entre ellos y la América Latina. Pues bien. He oído a los norteamericanos hablar con mucha

estima de la Argentina y decir algo que equivalía a esto: es la cabeza del continente sudamericano, es un pueblo que marcha adelante y es con ellos con quienes por lo pronto contamos. Si los norteamericanos tienen esta opinión, en nosotros no tendría excusa el no haberla emitido, ni tomado en cuenta.

Por consiguiente, os aconsejo ver aquel pueblo. Regresaréis muy reconfortados por multitud de razones. Por lo pronto, esas razones de afinidad que os he indicado, y que tendréis la satisfacción de experimentar vosotros mismos. Luego, porque seréis renovados completamente con respecto a algunas de vuestras creencias, de vuestras convicciones, de vuestras esperanzas, diciéndoos: "Pero, aquella gente que es tan joven, que tiene todo el porvenir por delante, que no es, como se nos dice a nosotros un poco desdeñosamente, una vieja democracia, aquella gente cree en una enormidad de cosas en las cuales nosotros creemos..." ¡De manera que esas cosas no están tan moribundas como se asegura!

Veréis también que se puede ser un pueblo que cree en el porvenir y un pueblo dinámico, sin dejar de ser un pueblo razonable. Encontraréis la confirmación de una verdad que sentimos en el fondo de nosotros mismos, pero sobre la cual a veces estamos tentados de dudar un poco: y es que el porvenir no está forzosamente en un extremo, que el porvenir puede hallarse en esa "vía real" de la que yo hablaba, el camino real de la humanidad.

Esto es cuanto os pido verifiquéis allá, y mientras llega el momento de hacerlo, procurad informaros sobre este país; leed alguno de sus autores, los que han sido traducidos, o si tenéis la fortuna de conocer el castellano leedlos en el texto. Ninguna de todas estas experiencias, puedo asegurarlos, os desilusionará.

JULES ROMAINS

